

MI VECINO

Iba a abrir el portal de mi casa cuando vi a Amancio, mi vecino, portando una muleta y asomando por la manga de su camisa un abultado vendaje; me fijé mejor y percibí que, además, tenía una escayola en el pie que le hacía cojear ostensiblemente y entonces decidí mantener la puerta abierta y esperar para ayudarlo si fuera preciso.

- Hola, Amancio, ¿qué le ha pasado?, parece que viene usted de la guerra de los Balcanes, le dije mientras sujetaba firmemente la puerta.
- No me hables que ayer ni era martes ni era trece, pero como si lo hubiera sido.

Subimos las escaleras que dan acceso a los ascensores y mientras esperábamos la llegada de alguno de ellos, comenzó su historia. Resulta que a mi mujer no le gusta que fume en casa y como hacía mucho frío para salir al balcón, decidí fumarme un pitillo relajadamente, sentado en la taza del váter. Con tal fortuna que en ese momento mi mujer me llamó. Me entró un sobresalto tal que tiré instintivamente el cigarro al inodoro.

Llegó el ascensor de la izquierda, que debo decir que aunque es igual al otro me inspira más confianza; él apretó el séptimo y yo el noveno.

Cuando la puerta se cerró, Amancio me contó que justo ese día su mujer había limpiado el baño con un producto inflamable, y que tan pronto como la brasa del cigarro tomó contacto con los restos del producto de limpieza, comenzó un fuego de vivas llamas que le quemó el trasero.

Ante tan desagradable imprevisto Amancio se levantó como un rayo golpeándose la cabeza con el armario del baño; se mareó y cayó hacia atrás justo sobre el bidet que, a consecuencia del

considerable peso de Amancio, se partió y uno de sus fragmentos hizo una herida en el antebrazo del vecino.

En este punto de su relato ya habíamos llegado a su piso, pero ante el cariz que tomaba la historia, y frente a la tesitura de subir y dejarle a Amancio con la palabra en la boca o quedarme a seguir la conversación en el descansillo de su escalera, opté por lo que era a la vez más educado e interesante.

- Siga, siga, Amancio, que le escucho.

Y entonces Amancio me contó que la herida del antebrazo sangraba y sangraba, y que no sabe cómo en un momento se llenó el suelo de sangre. Al levantarse para abrir la puerta a su mujer para que le auxiliase Amancio resbaló y volvió a caer a la vez que sentía un incontenible dolor en su tobillo derecho. Por fin, con un esfuerzo titánico consiguió, esta vez sí, abrirle la puerta a ella.

A partir de ahí todo resultó más sencillo; llegó la ambulancia y tras estar en el hospital ocho horas le dieron el alta con el consejo de acudir a curarse por la enfermera y con los diagnósticos siguientes: quemaduras en glúteos, hematoma frontal; herida de antebrazo izquierdo que ha precisado dieciocho puntos de sutura requiriendo curas y retirada de puntos cuando proceda; mareo inespecífico; fractura de maléolo peroneo del tobillo derecho.

- Joder Amancio, se me escapó mientras volvía a apretar el botón del ascensor. Efectivamente, ese no fue el mejor día de su vida, pero no crea que eso sólo le pasa a usted. ¿Ha leído alguna vez "Desgracia", de Coetzee? Se lo recomiendo.

Y justo en ese instante llegó el ascensor, pero me lo pensé mejor y, por si acaso la fatalidad es contagiosa, saludé amablemente a mi vecino y subí andando los dos pisos que me quedaban.